



CONFERENCIAS INFANTILES.

IX.

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Voy á deciros hoy, queridos amigos, cosas que vosotros sabéis y áun cosas que vosotros sentís; pero estoy seguro de que áun así me habeis de prestar la benévola atención de costumbre, porque muchas veces más gozamos oyendo narrar sentimientos ó ideas que son nuestras ideas ó sentimientos, que si oyéramos narrar las cosas más peregrinas y sorprendentes. En el prólogo de un libro mio titulado *El Gabán y la chaqueta* traté de explicar esto, diciendo que el secreto principal del placer que nos produce el arte de la palabra hablada ó escrita está en que el que habla ó escribe expresa cosas ó afectos que nosotros pensábamos ó sentíamos y no acertábamos á expresar.

Hoy voy á deciros lo que yo pienso y siento de la primavera, y estoy seguro de que lo habeis de oír con gusto, por lo mismo que es lo que vosotros pensais y sentís y no acertábais á explicároslo por dos razones: la primera, porque no teneis como yo el hábito de expresar vuestras ideas y sentimientos por medio de la palabra que pudiéramos llamar *artística*; y la segunda, porque á vuestra edad se piensa y se siente con una vaguedad y confusion que sólo desaparecen con la experiencia de la vida, que solidifica y madura la inteligencia, y cuando hay vaguedad y confusion en lo que se siente y piensa, tambien tiene que haberla en la manera de expresarlo.

La primavera ha llegado. Aun cuando vosotros no salgais como yo todas las tardes á saludarla y alegraros con su presencia en los campos

que rodean el pueblo en que vivís, de seguro habréis echado de ver su llegada. La suavidad de la temperatura, lo azul y trasparente del cielo, el alegre canto del pajarillo que tenéis encerrado en una jaula, hasta el canto de los que se posan en el alero ó el caballete de vuestro tejado, la especie de resurreccion que experimentan las macetas de vuestro balcon, y el aroma que satura ya el ambiente que respirais al salir á la calle ó al asomaros á la ventana, todo eso y mucho más que no enumeró os anuncia que la primavera ha llegado.

Yo, que pasé la niñez en un valle mitad poblado de árboles y mitad poblado de mieses y flores y plantas aromáticas; yo, que nací y crecí oculto en un bosque donde desde la ventana cogía la fruta de los árboles, y donde todas las mañanas de primavera me despertaban los pájaros con sus cantares; yo, que por amor instintivo á la hermosura de la naturaleza ó por amor á los recuerdos de la infancia, encuentro mis mayores delicias en los campos y creo que me asfixio cuando no veo árboles ó verde césped ú horizontes no limitados por paredes más ó menos artísticas; yo, por esto, ó porque he vivido mucho más que vosotros, tengo que aventajaros mucho en sentir con intensidad la venida de la primavera, que es la resurreccion de la naturaleza, ó mejor dicho, el despertar del sueño á que la naturaleza se entrega para descansar de sus fecundas tareas y volver á empezarlas con nuevo vigor y nueva hermosura.

El argumento más poderoso que se suele oponer á los desdichados que niegan la existencia de Dios para probarles su ceguedad, es éste: ¿quién sino un artífice que todo lo puede ha podido crear y concertar esta admirable máquina del universo, cuya menor pieza no acierta á imitar sino imperfectamente toda la sabiduría humana? ¿Puede ser obra del acaso? ¿Puede el acaso dirigir su regular y armonioso movimiento?

La única contestacion que el ateísmo da á estas preguntas es que lo que se llama obra de Dios es obra de la naturaleza; pero no acierta á contestar ni siquiera medio satisfactoriamente, cuando se le arguye preguntándole si la naturaleza puede ser obra de sí misma.

¡ Ah! la venida de la primavera es una de las manifestaciones más admirables y hermosas de la intervencion divina en la creacion y el movimiento de esta máquina que se llama mundo, y esta es una razon más para que saludemos con júbilo tan fausta venida.

¿Qué sentís vosotros cuando la primavera viene? Lo que yo siento es una alegría inefable, una ánsia indescriptible de amar y de confundir un alma con otra alma gemela, un deseo vago é inexplicable de volar á regiones desconocidas, una tentacion irresistible de buscar en el mundo horizontes más sonrosados y extensos que los que han descubierto mis ojos, un flúido tan misterioso que no sé si viene de arriba ó de abajo, y me impulsa á subir y subir por el

espacio azul hasta tocar el cielo.

Esto, que he dicho en un libro titulado *La Redencion de un cautivo* es el resúmen de lo que yo siento cuando la primavera asoma engalanada con manto verde salpicado de flores y empapado de esencias, cuando los pájaros preludian el himno del amor y la alegría, y toda la naturaleza experimenta esa especie de dulce y misteriosa palpitation que parece ser el preludio de todas las resurrecciones, así del espíritu como de la materia.

Es posible que penseis, aunque no os atrevais á decírmelo, que hoy estoy un si es no es metafísico, y no acierto á hablaros con la llaneza que acostumbro y debo. Si lo pensais, pensaréis muy bien; pero es para mí un misterio tan profundo lo que siento al venir la primavera, que por más que me mate por explicarle, no doy con frase bastante expresiva que haga exclamar con gozo al que la oye ó lee:— ¡ Eso es lo que yo tambien siento!

ANTONIO DE TRUEBA.

SOLEDAD DE LA VÍRGEN (1).

Vaso precioso de eleccion sagrada,
Excelso númen que mi mente inspira,
Yo vengo, con el alma enajenada,
A ofrecerte los ecos de mi lira.

Constante acoges la plegaria ardiente
Del que una gracia fervoroso implora;
Yo, postrado á tus plantas, reverente,
Vengo á pedirte inspiracion, Señora.

Hoy pretendo, aunque ostentas soberana
Fúlgido trono en el radiante cielo,
Henchido el corazon de fe cristiana
Hasta tu alcázar remontar mi vuelo.

No ansío el triunfo que al poeta eleva
Por los aplausos que arrebató al mundo,
Quiero, Señora, que á piedad se mueva
Al recordarte tu dolor profundo.

Ya el desenfreno de Salen augura,
Con infernal, satánica algazara,
La horrenda lucha ¡oh Vírgen sin ventura!
Que á tu gigante corazon prepara.

(1) Al mismo tiempo que damos á conocer esta hermosa poesia, tributamos un recuerdo á su autor, inspirado poeta vitoriano, que falleció prematuramente cuando la patria y las letras españolas tenían derecho á esperar mucho de él.

¿ En salir al encuentro de tu Hijo,
Por qué te empeñas con tenaz porfía,
Cuando sirve de fiero regocijo

A una desordenada chusma impía?

¿ Por qué abandonas, dime, esa morada
Que tu presencia convirtió en santuario,
Y sigues á la turba desalmada
Hasta la cumbre misma del Calvario?

Si todos los dolores se han fundido
En un solo dolor, y en tu alma pesan,
Paloma de Ihowah, vuelve á tu nido
Mientras las aguas del diluvio cesan. [siente?

¡ Madre de Dios! ¿ Qué es lo que tu alma
¿Cuál es el torcedor que la tritura?
Deja que al fondo resbalarme intente
Del insondable mar de tu amargura.

¡ Oh! Ya ha lanzado la feroz canalla
Ese grito de muerte que te inquieta;
Sobre tu frente virginal estalla
La tempestad que te anunció el profeta.

Si hubo en la antigüedad pintor famoso
Que al padre de Ifigenia tendió un velo
Por cubrir sus facciones, temeroso
De no poder interpretar su duelo,

¿Qué colosal ingenio, desde entónces
De haber interpretado se gloria,
En libros, lienzos, mármoles ó bronce,
La plenitud de tu dolor, María?

Trasladar un dolor, un sentimiento,
Fácil es cuando nace de uno mismo, [aliento
Pero ¡el tuyo! ¡gran Dios! ¿Quién tiene
Para bajar á tan profundo abismo?

¿Así te trata el mundo irreverente?
Y ¿eres tú, Virgen santa, la que huellas
Esa luna, ese sol resplandeciente
Y ese nutrido pabellon de estrellas?

Abriga el hombre corazon de lodo
Cuando así aflige con dureza tanta
A la que tiene al firmamento todo
Por escabel de su divina planta.

El rruiseñor de la arboleda umbría
No suelta al aire su canoro trino,
Porque descansa, en brazos de María,
Muerto del mundo el Redentor Divino.

El Jordan con su límpida corriente
Pausado se desliza en la espesura,
Y maldiciendo á tan precita gente
Amargos ecos de dolor murmura.

Los elementos se declaran guerra;
Se oculta el sol tras negros nubarrones,
Y el interior se siente de la tierra
Sacudida de horribles convulsiones.

¡Oh! Tú que ves pasada su agonía
La tibia sangre que el cadáver vierte,
Dí: ¿no es verdad, purísima María,
Que tu dolor acobardó á la muerte?

Luto en el corazon, reina del cielo,
Arrastras como madre y como esposa,
Y, abandonada, triste y sin consuelo,
Gimes en la viudez más espantosa.

Si entre los pliegues de tu manto, abrigo
Halla un gusano de la tierra impura,
Soy yo, que ansío compartir contigo
Tu horrible soledad y tu amargura.

Digo mal, no soy yo, será un doliente
Y arrepentido corazon, que implora
No sea estéril su oracion ferviente,
Ni estéril sea tu dolor, Señora.

Ya en lo más bello de mi edad florida
Bruscamente se trueque mi existencia;
Ya por fieras borrascas combatida
Cansado arrastre mi vital esencia;

Cuando el helado sueño de la muerte
Me sorprenda, cumplido mi destino,
Y quede en polvo la materia inerte,
Y el alma vuele al tribunal divino,

Pues tuve en tí fundada mi esperanza,
Mística rosa de celeste prado,
Del Dios de la justicia en la balanza
Pese más tu dolor que mi pecado.

ORDULIO DE PEREA.



EL GIGANTE DE LA FRENTE DE ORO.

(Continuacion.)

II.

Adolfito tenía buenas disposiciones para aprender; era formal, laborioso y compasivo con los pobres y desgraciados; pero tan recomendables cualidades quedaron del todo ahogadas en su pecho desde que en él dió acogida á un defecto tan feo y pernicioso, que si ocupa el penúltimo lugar entre los pecados capitales, no es porque no le corresponda figurar en primera fila, sino que, como todos ellos son de suyo tan malos que bien pudiera decirse de cada uno que no puede ser peor, á alguno le habia de caer en suerte el ir á la cola. Así vemos una tierra feraz, de vegetacion medrada y opulenta, y sopla el huracan y convierte toda aquella maravilla de flores y verdura en extenso arenal donde no asoma ni un mal hierbajo siquiera: tal sucedió en el corazón de Adolfo.

De dos años más que Conrado, vió cómo éste le arrebatava en pocos meses sus lauros á fuerza de muchos sudores adquiridos; y lo que fué emulacion en un principio pasó á ser rivalidad despues, y acabó por convertirse en envidia, quedando desde entónces el pobre niño sin alegría ni sosiego.

Algunos dias despues del esplén-

dido milagro, cuando aún la gente no habia vuelto de su sorpresa, Adolfo se dirigió á la montaña, no llevando el séquito de su antecesor, pero sí acompañábanle dos amigos, á quienes dijo con una voz que no admitia réplica:

¿Veis aquella montaña? pues bajaré de ella con la frente coronada, ó cadáver.

Los amigos extendieron la nueva por el pueblo, el que ávido y ansioso corrió al pié de la montaña.

Pocas horas despues, los hurras y vítores atronaban el espacio.

Adolfo, coronado de luz esplendorosa, descendia pausadamente para mejor saborear su triunfo, y apenas puso el pié en el valle dirigióse á Conrado diciéndole:

Soy tanto como tú..... ya no lograrás abatir mi frente. Y la levantó tanto, tanto, que fué milagro como no se desnucase.

Dirigióse en seguida á su casita, siguiendo el mismo itinerario de golpes y trompazos que su antagonista.

¡Viva! ¡viva! repetian los rudos campesinos á cada nuevo porrazo.

Molido, aturdido y fatigado entró en su casa, donde su padre, encorvado por el peso de los años y el manejo del almocafre, salió á recibirle con

los brazos abiertos; pero con tan menguada fortuna que la barba del muchacho y la frente del anciano recibieron tan tremendo choque, capaz de volver la chaveta al pobre viejo, si ya no la hubiera perdido por completo al ver á su hijo coronado de luz; y todo lo más que hizo fué refrescarse con agua la parte dolorida, mientras el mancebito guardábase en el bolsillo dos dientes que se le saltaron con el fracaso, y tragaba á más y mejor la mucha sangre que fluía de sus encías.

¡Dios mio, cuanto padezco! decía el pobre niño para su capote, esta claridad me deslumbra, me ciega..... si á lo ménos mi frente fuera invulnerable como la de Conrado..... pero yo sabré ser más fuerte, ¡sí, él es más feliz! yo sonreiré á mi tormento..... yo devoraré mis lágrimas..... yo llevaré la frente alta, muy aita, más alta que la suya. Yo ocultaré mi dolor y la gente me envidiará. ¡Oh, es tan hermoso verse envidiado! conocerse superior á los demas, ser el primero..... pero ¿y Conrado? siempre él ha de amargar mis glorias! yo quiero ser el único, yo quiero estar sólo.....

—¡Bendito sea el Señor! ¡y qué hermoso está el hijo de mis entrañas! exclamó la buena madre interrumpiendo el mental monólogo del muchacho; vén, hijo mio, vén que la niña te vea; ¡poco contenta se va á poner la pobrecita, cuando te vea así, lo mismo que aquel Santo que hay en la Iglesia, que lleva unas tablas en la mano escritas por el dedo de Dios!

Adolfo, que en realidad no podía moverse, iba á formular cualquiera excusa, cuando abriéndose una puercecita, dió paso á una niña que, si bien habia cumplido ya los once años, apénas representaba siete; tal era su estado de raquitismo y endebles. Su piernecita derecha, seca y sin vida, colgaba á lo largo de la otra, la cual apénas tenía vigor para acompañar dos muletas, en las que descansaba el peso de su cuerpo.

Elisa nada dijo al contemplar la radiante cabeza de su hermano, pero en sus negros y penetrantes ojos; en su frente hermosa y despejada brilló una chispa invisible, sí, pero más luminosa que la deslumbrante aureola del muchacho. Y acercándose lo ménos lentamente que pudo preguntóle:

—¿Quién te ha puesto esa luz en la frente!

—Pues qué, saltó la madre, ¿había de ser ménos nuestro hijo que el mocosuelo de Conrado? y ha ido, y ha subido por donde no trepan los gamos y las cabras monteses, y ha llegado hasta el gigante de la frente de oro, y éste, que debe ser un señoron muy guapo, le ha coronado de luz como al otro.

Elisa apoyó la pálida mejilla en la descarnada manecita, y dijo con un acento dulcísimo pero seguro:

—Yo tambien quiero subir allí.

—¿Estás loca? contestaron á una.

—No, repuso sencillamente, tengo fe, y la fe me bajará la montaña, ó me dará fuerzas para subirla.

Elisa oyó con sumision y cariño

cuantas objeciones opusieron sus padres al que tachaban de disparatado proyecto; pero sus preparativos decían bien á las claras que no desistía de su intento; la jornada iba á ser larga y fatigosa, y la pobre niña no podía irse desprevenida. Poquito á poco, sin precipitarse, hoy una cosa, mañana otra, fué arreglándolo todo; juntó los retazos que halló por la casa, se hizo con ellos un zurroncito que llenó de mendrugos de pan, queso y frutas secas, añadiendo á tan frugales provisiones una calabacita con agua y un escardillo.

III.

—Dios libre de todo mal á la pobrecita baldada, y ¿adónde irá tan

afanosa y tan de mañana? decían las madrugadoras vecinas del lugar.

—¡Qué lástima de niña con esa cara de bondad que tiene! no parece sino que va á hacer una buena acción, según lo contenta y aprisa que mueve las muletas.

—Iré á la Iglesia á rezar por su hermano que desde que le salieron aquellas luces en la cabeza, lo mismo que el otro, no hace más que despreciar á los pobres y burlarse de todo el mundo. ¿Y quién sabe si esa luz les viene por arte de Satanás? que todavía no sé yo que hayan hecho nada bueno en todo el tiempo que llevan eso en la frente, como no sea tontear y darse tono.

(*Se continuará.*)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

LOS NIÑOS POBRES.

Á MIS INFANTILES LECTORES.

Pidiendo de puerta en puerta,
Cruzando calles y plazas,
Con su hermanito en los brazos
Y mucho amor en el alma,
De la caridad de algunos
Vive esta pobre muchacha,
Sin más amparo que el cielo
Ni más bien que su esperanza,
— Que es el bien más venturoso,
Puesto que del cielo emana,
Y son los dones del cielo
Aquellos que nunca acaban.—

Contentos con su pobreza
Nunca los dos se separan,
Porque ella adora en su hermano
Y él no vive sin su hermana,
Que es el fraternal cariño
Pura y bendecida llama
Que en el maternal regazo
Toma la esencia más casta,

Y el mismo Dios la alimenta
Y ya en la vida se apaga.

Juntos los dos hermanitos,
Él en sus brazos se ampara,
Y ella orgullosa le lleva,
Que ser su madre le halaga;
Y mirándose en sus ojos
Se olvida de su desgracia,
Y ni el cansancio la rinde
Ni el porvenir la acobardá:

Ella le cuida, le duerme,
Le enseña dulces plegarias,
Y cuando en algun banquete
Recoge algunas migajas,
Como si fuera su madre
Le da la mejor vianda;
Ella en las noches de invierno,
Frias y tristes y largas,
En el hueco de una puerta
Sufriendo el viento y el agua,

Con sus harapos le abrigo
Y con cariño le abraza...

Si en medio de vuestros juegos
Pensais algo en la desgracia



Y veis niños andrajosos
Que junto á vosotros pasan,
Acordaos de estos pobres

Y no les volvais la cara.
¡Qué fuera del pobre niño
Sin el amor de su hermana,

Qué fuera de ellos si un día
La caridad les faltara!
Pensad en los que son pobres
Y ejerced la virtud santa,

Que ella es el lazo que une
A Dios con las buenas almas.

RICARDO SEPÚLVEDA.



SALVADOR ROSA.

Este notable pintor, grabador y poeta, nació en Reneffa, cerca de Nápoles, en 1615, y llegó á verse tan miserable que tuvo que exponer sus cuadros en las plazas públicas. Lanfranco, que advirtió por ellos el talento del autor, compró varios y le animó á seguir trabajando, como así lo hizo Salvador, orgulloso con la aprobacion de tan gran maestro.

Brilló especialmente en la pintura de combates, marinas, animales, figuras de soldados y asuntos de capricho. En sus obras se nota un ge-

nio extravagante, figuras gigantes-cas y algunas incorrecciones; pero su toque es fácil é ingenioso, y sus países, especialmente los de árboles, de un gusto exquisito. Pintaba con tal rapidez que en ocasiones principió y terminó un cuadro en un solo día.

Tambien grabó al agua fuerte con notable maestría, y unió el talento literario al artístico, como lo demuestran sus *Sátiras*, impresas algun tiempo despues de su muerte. Esta ocurrió en Roma en 1673.

NIÑOS CÉLEBRES.

(Continuacion.)

Despues de haber prestado muy señalados servicios á su patria, este general fué condenado al ostracismo por una sentencia del pueblo; pero al partir ya llevaba impreso en su alma el deseo de una pronta venganza. Se retiró á los Volscos y allí fué recibido con los brazos abiertos. Lucio Tulio, uno de los jefes más importantes de aquel país, enemigo declarado de los romanos, le admitió y obsequió en su propia casa.

Alentados ambos, el uno por su ódio inveterado y el otro por el resentimiento que habia hecho brotar en él la injusticia cruel de que era objeto, consiguieron que los eligiesen jefes del ejército de los volscos.

Coriolano, despues de haberse apoderado de varias plazas sentó sus reales á cinco millas de Roma y devastó todo el territorio mostrándose dispuesto á penetrar en la capital á sangre y fuego. Enviáronle parlamentarios y diputados para pedir la paz; pero sólo obtuvieron una respuesta negativa. Llegaron otros nuevos con igual comision y ni aún se dignó recibirlos. Por último, hasta los sacerdotes con todo el aparato é insignias de su ministerio llegaron hasta él y se arrojaron á sus plantas rogándole la paz; pero todo fué in-

útil para vencer la fiereza inexorable de este hombre.

En tan apurado trance reuniéronse las matronas romanas y acordaron presentarse al irritado guerrero, como emisarios de más influencia, en union de Vetulia y Volumnia, madre y esposa de Coriolano, llevando en los brazos á sus hijos. Dirigiéronse, en efecto, al campo enemigo con el fin de defender con sus ruegos y su llanto una ciudad que sus maridos no podian defender con sus armas. Cuando avisaron á Coriolano que un cortejo de mujeres deseaba aparecer en su presencia, su corazon altivo que habia sabido resistir á la majestad pública representada por los diputados romanos, y á la religion en la persona de los sacerdotes, se preparaba tambien á resistir enérgicamente á los ruegos del bello sexo. Pero al ver á su madre quedó quebrantada su hasta entónces indomable fiereza, y cayendo en los brazos de Vetulia no pudo ménos de exclamar: «¡Roma, Roma, tú vences!» Por mi madre te perdono la injuria que me has hecho.

Terencia.

Cierta dama romana, acusada y condenada por un delito que la historia no menciona ni hace al caso á

nuestro intento, fué entregada á un triunviro para que le diera secretamente muerte en la prision; pero el encargado de esta triste mision no tuvo valor para cumplirla, y prefirió dejar en la cárcel á su víctima sin darle alimento alguno para que muriese de inanicion; y llevó su conmi-seracion hasta el punto de conceder permiso á Terencia, hija de la prisionera, para que la visitase, pero registrándola préviamente á fin de que no pudiese entrar ningun alimento. Pasaron, sin embargo, dias y dias sin que la pobre cautiva presentase señales ostensibles de la debilidad que forzosamente debia producir una abstinencia tan prolongada. Admirado de este fenómeno el triunviro, y recelando que Terencia hubiera hallado medio de burlar la vigilancia de los que la registraban, se puso un dia en acecho y vió con el asombro consiguiente que aquella piadosa hija, que estaba criando á un niño, alimentaba tambien á su madre con la sustancia de su pecho. La admiracion que este hecho tan brillante é ingenioso le produjo acabó de conmoverle, y despreciando el peligro y las consecuencias que su compasiva conducta pudiera acarrearle, se dirigió á declarar á los jueces lo que pasaba.

Su relacion produjo el efecto que era de esperar. Los magistrados y el pueblo se sintieron movidos á piedad al oir un ejemplo tan laudable de amor filial, y todos unánimes pidieron el perdon de la madre como justo premio á la virtud de la hija, y

así fué acordado. Pero áun hubo más. Se señaló á ambas una pension del erario público para que pudiesen subsistir el resto de su vida; y para dar á este acontecimiento toda la autenticidad y celebridad de que era digno, se mandó demoler la prision y erigir en su lugar un soberbio templo á la piedad filial.

El pincel y el buril han venido despues á hacer más duradero este ejemplo, reproduciéndolo en magníficos grabados y excelentes pinturas.

Este es el privilegio de los grandes hechos. Donde quiera que haya un mortal que guarde en su pecho el sagrado fuego del amor de hijo, allí habrá un sér que repetirá con un célebre historiador: «¡Oh prodigio! ¡oh maravilla! ¡Una madre amamantada por su hija para conservarle la vida! Semejante proceder es digno de nuestros elogios y de la admiracion de los siglos futuros.»

Luis de Borbon.

Luis de Borbon, conde de Montpensier, al llegar á Italia con el ejército frances, de que formaba parte, la primer diligencia que practicó fué dirigirse á Puzzola, pequeña poblacion situada á pocas leguas de Nápoles, con el piadoso objeto de visitar el sepulcro de su padre, el duque de Borbon, muerto de una herida en 1496.

Impulsado por los más tiernos afectos de respeto y reconocimiento por la memoria de lo que le era más caro en la tierra, el jóven duque adoptó las disposiciones convenien-

tes para que este acto se celebrase con toda la magnificencia posible, segun le dictaba su apasionado corazon de hijo, y mandó descubrir el enteramiento con el objeto de regar con sus lágrimas las cenizas preciosas de un sér tan querido. Pero ¡ch prodigio de ternura! Este triste espectáculo impresionó tan vivamente al jóven príncipe, que cayó en el acto desvanecido, espirando casi instantáneamente á consecuencia de una opresion del corazon. El cuerpo de este amante hijo fué colocado en la misma tumba junto á los restos de su padre, siendo conducidos despues á Francia y depositados en la capilla de San Luis. La repentina muerte de este jóven produjo un hondo sentimiento en el ejército. Mucho se habia elogiado siempre su arrojo y su bravura; pero aún se elogiaba mucho más la bondad de su corazon, y la ocasion de su fallecimiento le conquistó el envidiable título de *Héroe de la ternura filial*.

Respuesta célebre de Caton.

Preguntaron á Caton quién era su mejor amigo; mi hermano, contestó el jóven romano, que contaba á la sazón unos doce años.—¿Y despues de

él quién ocupa el segundo puesto en vuestro corazon?—Mi hermano, volvió á contestar.—¿Y el tercero?—Tambien mi hermano. Algunos años despues, hallándose en Asia este virtuoso é intrépido guerrero, cuyo renombre será tan duradero como la humanidad, supo que Cepion, su hermano, habia caido enfermo en Thessalónica; y aunque la estacion era poco favorable para su viaje, y por más que careciese de buque seguro para la travesía, el amor fraternal le hizo desafiar los furios del tempestuoso mar con el objeto de dar todavía un abrazo siquiera á su hermano á quien tan entrañablemente amaba. Llegó, en efecto, al lado de Cepion; pero le halló espirando. Difícil es explicar el profundo dolor de que se vió poseida un alma tan grande y sensible como la suya, y no se contentó con rendir al difunto el tributo de sus lágrimas, sino que costeó á sus expensas magníficas exequias fúnebres, y cuando llegó el momento de dividir la herencia con su sobrina, ni aún pensó en descontar los gastos del entierro, sin embargo de que habian sido muy considerables.

(Se continuará.)



LOS SOMBREROS.

Con la lana, el cáñamo, el lino, el algodón y la seda hilada se fabrican los tejidos por medio de máquinas que cruzan los hilos perpendicularmente; con un solo hilo de lana, de seda ó de algodón se forma un enlace que se llama *tricot* ó *punto*. Este punto se hace á mano por medio de agujas; pero más generalmente por medio de un telar que produce absolutamente el mismo enlace que las agujas.

Hay otra especie de tela que se fabrica por un procedimiento muy distinto. Los pelos de ciertos animales tienen la propiedad de encrespase, de contornearse de modo que se mezclan al unirse y forman una seda sólida que recibe el nombre de *fieltro*.

La lana y el pelo del castor, de la nutria, del camello, de la liebre, del conejo, tienen esta propiedad. Los sombreros comunes son de lana, los finos se hacen de pelo de castor, especie de roedor que vive en la orilla de los rios, donde se fabrica su habitacion. Se nutre de raíces y de cortezas de árboles y se coloca en los lugares solitarios. Antes los castores eran muy comunes, ahora son muy raros. Generalmente para el fieltro se emplea el pelo de liebre ó de conejo.

En cada piel hay dos clases de pelo; el corto que produce el buen fieltro, y el largo, más grosero, que se

llama *cabrudo* y que es preciso recortar. Se baten las pieles con varitas. despues de haber peinado el pelo por medio de una carda para quitar todos los cuerpos extraños, se moja el pelo con una disolucion de nitrato de mercurio, se le deja secar y despues se le arranca con facilidad. Se le somete en seguida á muchas operaciones; se le *varea*, se le *carda*, se le *tunde*, para mezclarle bien. Despues de haber dividido en cuatro partes iguales la cantidad de pelos necesaria para hacer un sombrero se forman cuatro *capadas*, principio de tela de forma triangular; se los une en seguida, se atan, por medio de una preparacion, en una tela humedecida que se pliega y repliega en todos sentidos, de modo que se construya una especie de cono que se lleva al enfurtido ó batanado.

El aparato del enfurtido consiste en una caldera más larga que ancha establecida sobre un hornillo de fábrica y entre dos tablas de madera muy espesas é inclinadas, que se llaman los *bancos* del enfurtido. Los sombreros se enfurten en agua casi hirviendo, donde se ha humedecido una cierta cantidad de heces de vino. El calor facilita el enfurtido, el obrero prensa el fieltro, le arrolla, le frota en todos sentidos hasta que la tela está suficientemente comprimida; este trabajo dura tres ó cuatro ho-

ras. Se mete en seguida el sombrero sobre una forma de madera para hacer el ala; se le tiñe, despues se le engoma, es decir, que se impregna el fieltro de cierta cantidad de cola fuerte ó goma laca. En fin, el sombrero da al sombrero la forma adoptada por la moda, le plancha, le da lustre por medio de una plancha caliente, forra el interior y le ribetea.

Los sombreros más finos son los fabricados en París, Lion, Marsella y Roma. Desde hace algunos años se hacen sombreros de un fieltro grosero, que se cubren con un tejido de seda y tienen la apariencia de sombreros de castor. Se hacen sombreros de paja, de junco, de caña trenzada, de crin, de castor cubierto de seda, de cuero barnizado. Los más hermosos son los de paja de arroz

ó de trigo; proceden de Florencia, en Italia, y tienen un precio muy elevado.

La forma de los sombreros ha variado constantemente, y varía lo mismo en el dia: unas veces es plano, otras puntiagudo; las alas un dia son anchas, otro estrechas, etc.; la manera de llevarlo tambien varía, pues unas veces se ha puesto derecho, otras inclinado sobre la oreja. Hoy dia se usan mucho una clase de sombreros llamados *clagues*, nombre frances, que se ponen bajo el brazo lo mismo que en la cabeza.

Los sombreros grises que se llevan en verano son preferibles á los negros durante esta estacion, pues calientan ménos la cabeza, porque el color blanco absorbe ménos el calor de los rayos del sol.

TH. LEBRUN.

LA RAZON Y EL INSTINTO EN LOS ANIMALES.

(Continuacion.)

Los huevos de los pájaros de la misma especie, y á veces los de la misma nidada, varian con frecuencia respecto al color, y muchas veces es difícil clasificarlos una vez sacados del nido. Los huevos del gorrion comun ofrecen de esto un ejemplo. Los de las aves marinas, y en particular los de la uria (*colymbus troïle*), se diferencian tanto, que es preciso mucha costumbre para conocerlos. La

pluma de los pájaros no ha variado nunca probablemente, y es hoy dia lo que siempre ha sido; pero es difícil determinar si las manchas que se ven en los huevos tienen alguna relacion con el color de las plumas del pájaro; los huevos de un blanco puro producirán pájaros de un plumaje variado. El huevo del gorrion comun es azulado, miéntras que el del petirojo, que se alimenta como él, es

de un gris ceniciento mezclado de blanco y amarillo. El cuervo marino pone huevos de un verde pálido. Los de los patos son blancos; ambos se alimentan de pescados. Los huevos de la grulla, de la urraca y del ave fría se parecen en el tamaño y en el color. Los de la paloma, del buho y martin-pescador son blancos. Los del mirlo son de un verde azulado. Las gallinas mismas de nuestros corrales, que tienen un alimento comun, producen huevos unos más oscuros que otros.

La cáscara del huevo parece destinada á dos fines. Una porcion de esta sustancia calcárea, compuesta de carbonato y de fosfato de cal, debe combinarse con el blanco del huevo y formar, durante la incubacion, las plumas y los huesos de los pequeñuelos que deben nacer; mas como una gran porcion de esa cubierta calcárea queda todavía despues que los polluelos han salido del huevo, ha debido servir hasta esta época para proteger interiormente el maravilloso trabajo de la naturaleza.

No se puede explicar la variedad que se encuentra en el plumaje de los pájaros de la misma especie. Durante tres años he observado en el parque de Stampton-Cour una grulla que tenía una ala blanca, y he visto otra vez un gorrion casi completamente blanco. Hace algunos años me enseñaron tambien una pareja de mirlos blancos en la propiedad de un señor en Blackheate, y lo que prueba que esta circunstancia no era accidental, es que sus hijos te-

nian el plumaje del mismo color.

Existe un hecho muy interesante en la historia natural, y es que, quitando uno ó dos huevos del nido de algunos pájaros ántes que hayan completado el número requerido por la naturaleza, continúan despues de esto poniendo considerablemente. Entre otros, se puede citar el ave fría (*tringavanelluns*), la moñuda (*upupa*), el mirlo, la alondra y la nevatilla de larga cola. Esta última ha puesto hasta treinta huevos ántes de empezar á empollar, por haber ido sustrayéndolos uno de mis amigos á cada postura. La alondra pondrá durante un tiempo indefinido, hasta que tenga el número que desea, tres ó cinco huevos. Esta singularidad es uno de esos misterios en la naturaleza que no sabriamos comprender, porque estos pájaros cesan de poner cuando el número de huevos está completo. ¿Cómo, pues, explicar esta reproduccion en los casos en que la naturaleza no los tiene previstos? Esta facultad no es comun á nuestras aves domésticas; la gallina, así como el pato, empollan tan bien un solo huevo como muchos.

Las gallinas ponen algunas veces huevos con dos yemas y otros con dos cascarones. Es un hecho curioso que el puntito ó mancha sobre la superficie superior de la yema, que es el germen del futuro pollo, siendo más ligero que el lado opuesto, en cualquier posicion que se coloque el huevo, esta parte se encuentra siempre inmediatamente opuesta al vientre del ave que empolla.

He tenido ocasion, durante un verano, de notar la inquieta solicitud de un petirojo que, al volver á su nido, le encontró completamente abandonado por sus hijos. Parecia buscarlos entre los próximos zarzales y cambiaba distintas veces su quejido de ángustia en un grito de llamada á los ausentes. Tenía en su pico el gusanillo ó lombriz destinado á alimentar á sus hijuelos; pero al ver que eran infructuosas sus pesquisas, le dejó caer. Tenía algo de encantador este incidente. Thomson, el poeta de la naturaleza, ha celebra-

do, en magníficos versos, un rasgo parecido de un ruiseñor.

El cariño que los pájaros manifiestan á sus hijos es muy notable, y este cariño parece ser recíproco. Tan pronto como la madre vuelve al nido es saludada con un grito de amor y de contento. En las golondrinas, sobre todo, este sentimiento es sumamente vivo; cuando, á la postura del sol, la nidada se cobija bajo el ala maternal, prorumpe en gritos de satisfaccion y de dicha, que se prolongan hasta bastante entrada la noche.

(Se continuará.)

P. V. O.



MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.